



11a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1987.

# La enfermedad de leer

por Constantino Bértolo\*

*A la luz de un trágico episodio ocurrido en Francia, en el que un niño mató a su madre clavándole en el corazón una estaca de madera, porque creía que era una vampira,*

*el autor analiza algunos tópicos sobre la lectura, como sus posibles influencias peligrosas para los niños, o sus pretendidas cualidades de*

*entretenimiento. Para Bértolo, sin embargo, la lectura de ficción es una enfermedad, que proviene de una carencia, de un disgusto con la realidad.*



# 12a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA

Passeig de Gràcia  
3-12 juny 1988

**E**n noviembre de 1982, una pequeña tragedia conmovió al tranquilo municipio francés de Cignac, a treinta kilómetros escasos de Montpellier. Un niño de 7 años, cuyo nombre nunca fue facilitado, mataba a su madre clavándole una estaca de madera en el corazón. Cuando se le preguntó qué le había llevado a cometer aquella acción, el niño se limitó a decir: «Cada noche se acercaba a mi cama y me mordía en el cuello, era una vampira». Las autoridades francesas, siempre tan cartesianas, encargaron a un Departamento de Pedagogía la elaboración de un informe acerca de las posibles influencias peligrosas de la lectura en los niños. El informe nunca se llegó a publicar. El profesor Audat, uno de los encargados de su elaboración, manifestó que su redacción había sido imposible: nadie de los llamados a colaborar estuvo dispuesto a llevar el trabajo hasta el final. Ningún Departamento

universitario estaba dispuesto a jugarse su prestigio agarrando la patata caliente que se les venía encima. Nadie estaba dispuesto a cuestionar la columna vertebral de tantos siglos y siglos de humanismo. Nadie quería tirar piedras sobre su propio tejado. Se llegaron a conclusiones parciales: la necesidad de seleccionar el material literario —sobre todo en los géneros de terror y misterio— para la lectura de niños problemáticos o demasiado sensibles; algunas distorsiones que la lectura de determinados libros podrían producir en determinados grupos de lectores, pero nunca nadie se atrevió a entrar en terrenos más peligrosos para la propia salud académica o pedagógica. «Al menos en Francia —afirmó el profesor Audat— la lectura entendida como algo claramente positivo y beneficioso para el lector es un dogma o una creencia profundamente arraigada digna de figurar en el *Diccionario de lugares comunes*

que en su momento escribió el gran Flaubert.»

## Los peligros de leer

Y los lugares comunes son difíciles de poner en duda y es casi imposible entrar en ellos para ver lo que encierran de cierto o verdadero. Difíciles de analizar porque cuando se expresa o se intenta expresar su contenido real las respuestas —por un mero acto de contaminación— se llenan también de esa vaciedad tópica y típica de todo lugar común. La lectura es buena porque forma, porque entretiene, porque da placer, porque nos despierta la mente, porque nos hace más libres, porque nos descubre otros mundos, porque nos hace compañía, porque nos hace más sabios, porque nos hace mejores. Detrás de todas y cada una de esas respuestas tan aparentes no hay nada: ¿qué es entretenerse?; ¿qué es el placer?; ¿qué tipo de compañía es la lectura?; ¿qué tipo de sabiduría? Haría falta todo un Sócrates para poner en evidencia la vacuidad que encierra tanta retórica hecha. Y Sócrates ya sabemos como acabó —lo hemos leído—, así que no es extraño que nadie se ponga a la labor.

No deja de ser curioso que la obra mayor de nuestra literatura, el *Quijote*, nos cuente a través de las aventuras del ingenioso hidalgo los trastornos a los que puede conducir la lectura. Y no deja tampoco de sorprender que el autor citado por el profesor Audat, Gustave Flaubert, haya escrito también toda una obra maestra de la narrativa universal, *Madame Bovary*, en la que «la enfermedad de leer» muestra sus más duros estragos. Nuestra narrativa se abre con un *Farenheit* en el que los libros de lectura de Don Quijote —con muy escasas excepciones— son condenados a la hoguera. Hay quien piensa que con tales orígenes no es difícil entender la escasa tradición lectora en nuestro país. Aunque nuestro analfabetismo

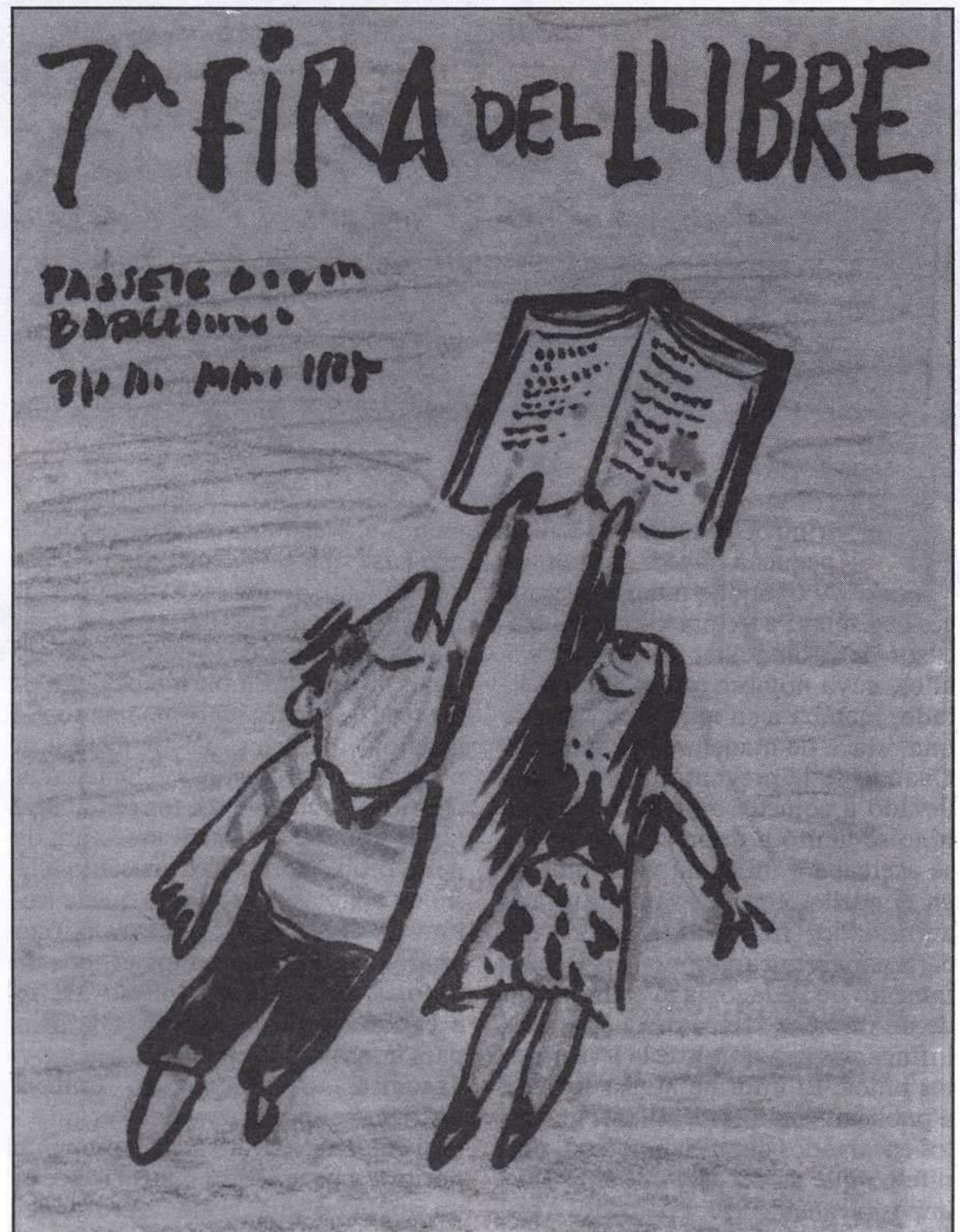
avanzando gradualmente por la difícil escala. Y al final de ella se alcanza a la posesión de una inteligencia formada, de un gusto propio, de una *conciencia de lector*, personal y libre, que es el único órgano adecuado de selección atinada, en el mundo de los libros, y en el otro. Estos dos problemas, artificialmente separados, el *qué se lee*, y el *cómo se lee*, van siempre resueltos juntamente en una buena educación. Se leen los clásicos, para cada edad el suyo; los mejores libros, señalados no por Fulano o Mengano acorde con su capricho, sino por la tradición culta del mundo, con las variantes propias de cada país. Y se leen delicadamente aclarados, diariamente vividos, en la clase, año tras año, de suerte que el cómo leer se aprende sin saber cómo, al igual que el andar o el respirar, por natural ejercicio de la función. No de otro modo aprendieron a leer los grandes lectores de la humanidad, los Bacon, los Erasmos, cuyos maestros de lectura no fueron, por cierto, manuales facilitones, que quieren enseñar todo a la carrera, de una sentada, sino en despaciosa lectura tras lenta lectura, en muchas sentadas, en toda la vida. Esta forma de enseñanza integral del leer podrá ser difícil, hoy, dado el bajo nivel a que han llevado los educadores de los educadores a tantos pobres maestros, pero a ella hay que aspirar, cueste lo que cueste, so pena de catástrofes que ya se anuncian. Un maestro de letras como el famoso profesor de Cambridge Sir Arthur Quiller Couch expresó su fe en ella con palabras muy mejores que las mías: «Creo que el Humanismo debía ser no decorativo adorno adquirido ya tarde en el proceso de la educación, sino más bien una cualidad que puede y debe condicionar toda la enseñanza, desde la primera lec-

literario es en realidad más «religado» con el papel de la Iglesia y su voluntad inquisitorial en el fomento de la no lectura.

En la obra de Flaubert, la lectura aparece como la responsable directa de los pájaros en la cabeza que llevan a Enma Bovary al extravío. Lecturas de novelas más o menos románticas que inflaman el corazón y el cerebro de la protagonista, del mismo modo

que los Amadis y Palmerines desamueblaron la cabeza de Don Quijote. Pero ya antes Platón desalojó a los poetas de la *República* y más tarde el Dante avisó sobre los peligros de la lectura con la historia de Paolo y Francesca.

Peligros en la lectura se han visto desde siempre, pero también es verdad que salvo excepciones como las citadas de Cervantes y Flaubert —y por



CESC (NO PUBLICADO), 1992.

razones que más tarde señalaremos— los enemigos de la lectura se han encontrado casi siempre en las zonas más reaccionarias de la sociedad. Fue la Inquisición la que creó el rígido sistema de censura que hasta hace poco hemos conocido; Floridablanca y otros ilustrados asustados por la Revolución Francesa crearon un «cordón sanitario» en las fronteras para que «el mal» no se propagase vía letra impresa. La quema de libros por los nazis fue algo más que un episodio, la censura franquista es todavía carne viva y todas las dictaduras han tratado de controlar la lectura. Todo poder parece sospechar de los lectores y unas veces los persigue y otras simplemente trata de convertirlos en simples tragalibros, o en monos de repetición.

### La lectura: una enfermedad

Pero no se trata aquí de atacar o defender la lectura desde esos sistemas de aproximación. No se trata de analizar la lectura en cuanto aparato ideológico de los Estados. Lo que nos interesa es la lectura en cuanto actividad íntima, personal e intransferible. Y nos referimos a la lectura de obras de creación que como poemas o novelas constituyen el alimento estético y ético de eso que llamamos público lector sin que ninguno sepa exactamente cuáles son sus límites exactos.

¿Qué es lo que lleva a una persona a encerrarse o enfrascarse en la lectura de una novela? ¿Qué es lo que hace que se aparte de los demás y prefiera el trato con personajes de ficción? ¿Qué es lo que subyace en la necesidad de leer? ¿De qué hablamos cuando hablamos del *vicio* de leer? ¿Existe la enfermedad de leer?

La única respuesta es que ese deseo o necesidad de entrar en los mundos de ficción proviene del sentimiento profundo de que la vida —la no ficción— no es suficiente. La lectura proviene de una carencia, de un *disgusto* con la realidad, de una herida,

de la conciencia de que la vida es incompleta por definición y absurda y «dura y amarga y pesa». Más que compañía la lectura es consuelo. No entretiene, narcotiza el dolor del paso del tiempo. No nos hace más sabios sino que nos hace olvidar eso que sabemos y no queremos saber. No nos enseña la realidad sino a defendernos de ella.

La lectura es una enfermedad, el síntoma de una herida que no tiene remedio. A veces hace gracia pensar que las campañas de promoción del libro y la lectura deberían basarse más en la estrategia de la epidemia —el contagio— que en la de la prevención —el preservativo—. Sin embargo, el equívoco continúa. Las Administraciones públicas fomentan la lectura amenazando a los que no leen como si el miedo pudiera hacer algo para crear el deseo. En las escuelas se obliga a leer como si la lectura no fuera precisamente un acto contrario a toda obligación. Muchos padres regalan libros a sus hijos que ellos nunca leerían. En los medios de comunicación, la lectura se trata más como un valor de cambio —la marca— que como valor de uso. Los jóvenes desconfían de tanta recomendación. Su olfato debe ponerles en sobreaviso.

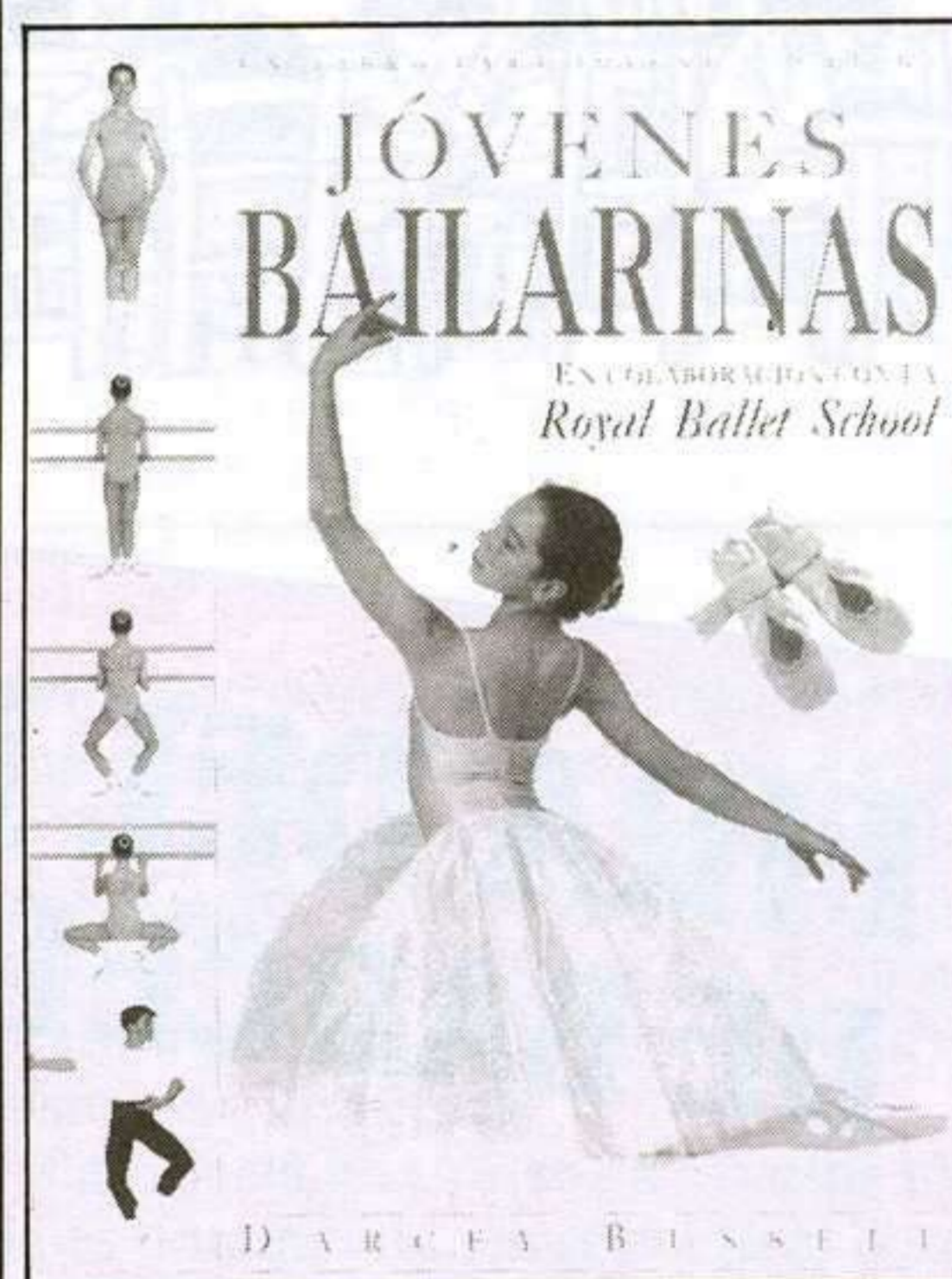
Dejemos en paz a los lectores. Dejémosles que vivan su enfermedad y no hagamos de la enfermedad necesidad y de la necesidad virtud. Que cada uno escoja la enfermedad que quiera: la *tele*, el cine, la música, el hipermercado, el matrimonio, el chalé en la sierra, el coche, el campo, los viajes, la bicicleta o la pura pereza. Que cada uno se haga responsable de su enfermedad.

La enfermedad de leer tiene sus ventajas. Otorga silencio, consuelo, oscuridad, compasión y dulce cansancio. Si hay que hacer campaña, hágase de esto. Leer para estar en silencio. Leer para aceptar la muerte, la soledad, la herida y el consuelo. ■

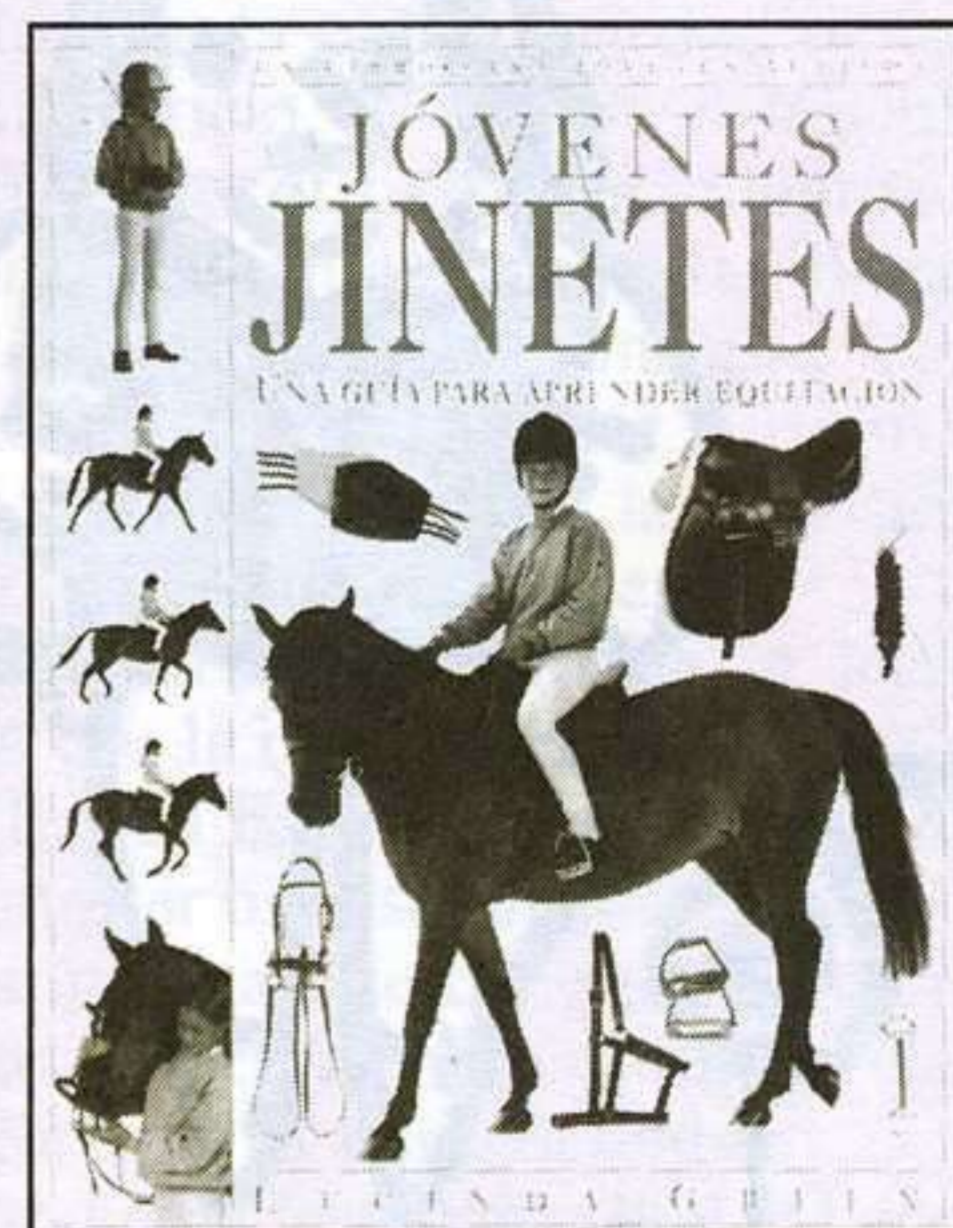
\* Constantino Bértolo es escritor.



Jóvenes  
FUTBOLISTAS



Jóvenes  
BAILARINAS



Jóvenes  
JINETES



**EDITORIAL MOLINO**  
Calabria, 166 - Apartado 25 - 08015 Barcelona